de Crispín le dolerá ya la cabeza con sermones tan insoportables.

—Al contrario, D. Vicente; V. sabe más que mis compañeros los predicadores anarquistas; y aunque no me convenza V. del todo, es lo cierto que se cicatriza poco á poco aquella llaga de mi corazón, que no manaba más que odio y venganza para los ricos y burgueses.

—¡Dios sea loado! Con que la semana que viene le traeremos dos, no una, dos camisas de color.

—Muchas gracias, señores, muchas gracias, y hasta la vista.

VII

A Dios rogando y con el mazo dando.

Gran sorpresa y regocijo á la vez sintieron D. Vicente y Juanito cuando, al penetrar en el sotabanco del zapatero, se lo encontraron machacando y cosiendo.

—¡Hola, hola, Crispín, eso va que vuela! Dios aprieta, pero no ahoga. ¿Con que trabajando ya, eh?

—Aquí me tienen Vds. haciendo de tripas corazón. ¿Y qué remedio, si de puro podridos mis zapatos, pedían á voz en cuello medias suelas?

—Pero, ¿ayudan las fuerzas?

—El martillo se me cae al suelo, pero lo recoge Manuela y machacamos entre los dos; pero... ¡cómo ha de ser!

—Calle, hombre, calle, que aún hemos de verle al frente de lujosa zapatería.

—No será con mis ahorros de zapatero remendón.

—¡Quién sabe! El trabajo y el ahorro combinados hacen prodigios.

—Lo que hacen es enriquecer á los burgueses holgazanes.

—También trabaja mucho la clase media, y no hay gente más desgraciada que los pobres de levita.

—Todo lo que no sea hacerse callos en las manos á fuerza de arrimar el hombro... no es trabajar.

—De manera que, según V., el ingeniero, el abogado, el médico, el sacerdote, etc., esos no trabajan.

—Esos lo que hacen es chuparse muy bue-

nos doblones embaucando á la gente con la pluma ó con el pico. ¡A mí qué me han de contar Vds.!

—Pues, amigo mío, sin hombres de ciencia que trabajan de cabeza hasta volverse calvos, envejecer antes de tiempo y morir jóvenes á fuerza de discurrir, ni habría artes, ni oficios, ni artefactos, ni industrias, ni máquinas, ni instrumentos, ni agricultura, ni comercio, ni justicia, ni moral, ni Religión, ni nada.

—Ríase V. de todas esas pamplinas: lo cierto es que mientras nosotros sudamos pez, ellos se hacen ricos.

—También el trabajo manual produce á veces capitales crecidos.

—Miseria y compañía es lo que produce, D. Vicente. Ya soy viejo, y no he visto á un solo obrero convertirse en propietario.

—¿No? Pues oigan Vds. una historieta, que prueba lo contrario, y que no es cuento, pues yo mismo conocí á ese proletario que trabajando de firme en el campo, que es el menos productivo de todos los trabajos, se convirtió en burgués.

Sacó D. Vicente del bolsillo de su gabán

un librito titulado *Páginas Edificantes*, é hizo que Juanito leyese el siguiente artículo, que los zapateros escuchaban encantados religiosamente:

« Á FUERZA DE TRABAJO.

» Los que no comprenden que el hombre pueda ser feliz más que rodeado de riquezas, placeres, comodidades y diversiones en los grandes centros de población, que tengan paciencia de leer lo que sigue.

»Salí ayer tarde con el señor Cura párroco de mi lugar, y casi sin advertirlo tomamos la orilla izquierda del río, que torciendo el paso entre juncias y sargales, atraviesa este vallejo.

—»¿Vamos á la masada del tío Lorenzo?—me preguntó.

—»¿Cuánto dista?

—»Una hora escasa.

—»Vamos allá,—contesté.

»Siempre río abajo y á paso regular, llegamos pronto al fin del valle. Las dos cadenas de montañas que lo componen aproxímanse gradualmente y estrechan tanto el cauce del

río, formando un barranco profundo, que no parece sino que intentan besarse por encima de las cristalinas ondas. Las rocas de uno y otro lado están como cortadas á pico, y en sus riscos, quiebras y mesetas crecen arbustos y hierbas aromáticas de todas clases. Tosco azud de ramas y piedras, que el río cruza, surte de agua á dos acecuelas, abiertas en la misma roca, que corren por uno y otro lado del barranco, llenándolo todo de murmurios y frescura. Pasado aquel estrecho, vuelven á separarse poco á poco las montañas, y en forma de ziszás componen un angosto y largo valle, pequeño oasis en aquel desierto de áridas y escarpadas rocas. El río corre por el centro, perfectamente encajonado entre álamos y sargas. Angostos huertecillos sembrados de judías y patatas, y sombreados por nogales, ciruelos y acerolos, se extienden en ambas orillas, como descendiendo de aquellos montes. ¿Quién no recuerda al verlos los tan repetidos como hermosos versos de Fr. Luis de León,

«Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.»

»Saltó una liebre de entre unas matas próximas y echó á correr por los montes de la izquierda, mientras el ruidoso aleteo de una perdiz nos hizo volver la cabeza al lado opuesto.

—»Lo que sucede siempre (dijo el señor Cura); al cazador leña y al leñador caza.

»Prosiguiendo nuestro paseo, en la parte más ancha del vallejo, vimos sobre el río un puente rústico, y enfrente, hacia la izquierda y al abrigo de la montaña, una casa de labor, baja de techo y bastante fea, pero con todas las dependencias necesarias para la vida y el cultivo, tales como corral, paridera, pajar, era, horno y establos.

»Las esquilas del ganado se oían en las laderas próximas; las cabras hacían prodigios de agilidad y de equilibrio en los despeñaderos de enfrente; las palomas y gallinas buscaban insectos y semillas, y picoteaban tranquilamente la hierba en las inmediaciones de la casa, y dos regulares hacinas de dorada mies ocupaban la era.

»Estamos en la masada del tío Lorenzo. Al ruido de nuestros pasos presentáronse en la puerta de la casa una mujer y un perro. Este

nos recibió gruñendo y ladrando: aquella se deshizo en sonrisas y saludos, sacando inmediatamente dos sillas de esparto para que nos sentásemos en la explanada de la puerta á la sombra de copudo nogal, cargado de nueces gordas y verdes. Al notar la actitud pacífica y amistosa de su dueña, cesó el perro de ladrar, dió unas cuantas vueltas en torno nuestro husmeando la ropa y moviendo la cola, y concluyó por marcharse á la era, en donde se enroscó sobre la paja.

—» Buenas tardes, tía Anacleta.

—» Las tengan Vds. muy buenas. Vaya, vaya, ¿quién había de esperar á sus mercedes por aquí?

—» Insensiblemente hemos venido paseando.

» Nos sentamos.

—»¿Tienes agua fresca? — preguntó el señor Cura á la masadera, limpiándose entretanto el sudor con descomunal pañuelo de algodón á cuadros.

—»Sí, señor; pero les haría á Vds. mal, que vienen acalorados.

Entró en la masada, tomó una limpia jarra de loza, volvió á salir y se puso á gritar:

—»¡Tíquia, tíquiaa, tíquiaaa....! Toma, cerrinegra, toma.

»Una hermosa cabra blanca con manchas negras bajó en seguida brincando, y se acercó á su ama. Esta la ordeñó con limpieza y habilidad, y nos entregó la jarra. Bebimos la mitad de la leche cada uno; se sentó la tía Anacleta en el suelo sobre sus talones, y entablamos la conversación que sigue:

—»Bien están Vds. aquí, tía Anacleta (dije yo). Esto es tranquilo y hermoso.

—»Muy bien, sí, señor: contínuamente estoy dando gracias á Dios porque me ha favorecido más de lo que merezco. Mi Lorenzo, que en paz descanse, era un marido de lo que no hay, tan trabajador, tan buenazo..... Pues ¿y mis hijos? Tengo cuatro, tres mozas y un mozo, y, que lo diga el señor Cura, los cuatro son más buenos que el pan y á cual mejor. Ellos no tienen más delirio, ni piensan en otra cosa, más que en dar gusto á su madre. ¡El Señor me los conserve!

—»Satisfecha puedes estar, que el día que os casasteis teniais lo que yo ahora en la mano.

—»Verdad es, señor Cura; pero en cuanto

nos bajamos á vivir aquí, parece que el Señor nos echó la bendición con la mano derecha. Le dieron á mi Lorenzo, que en gloria esté, unos cuarenta duros de la casucha que heredó y vendió en el pueblo. Con tales dineros compramos estos huertecillos, que entonces eran unos cantarrales abandonados; hicimos una barraca para vivir, y empezamos á trabajar como unos negros. *A fuerza de trabajo*, mi Lorenzo, que Dios haya, picó en la peña viva esas dos acequias, con las cuales regamos ahora lo que siempre ha sido secano; *á fuerza de trabajo* enderezó y encauzó el río, que antes se metía en todos estos campos como Pedro por su casa, destruyendo en pocas horas las labores de años enteros; *á fuerza de trabajo* convirtió en vega los secanos y plantó los árboles que ven Vds.; *á fuerza de trabajo* roturó quién sabe las tierras de pan llevar por esos cerros; *á fuerza de trabajo* hizo el puente, la casa, el corral, la paridera, el horno, las cuadras, el pajar, la era, y..... ¡qué sé yo! Con decirles á Vds. que aquí no se paraba más que los domingos y fiestas de guardar, está dicho todo. Al romper el día ya estábamos trabajando, y muchas veces se nos echaba encima la

noche sin haber suspendido lo faena más que para comer.

—»Y las bestias, ¿cómo las comprasteis?

—»Señor Cura, los animalicos, á fuerza de honradez y de ahorros. Como, gracias á Dios, ni mi marido ni mis hijos han tenido nunca vicios, una vez comidos y vestidos, ya estaba el gasto hecho.

—»¡Es admirable! ¿Tampoco iban á la taberna del lugar?

—»¡Jesús! ¡pobrecicos míos! Mi difunto ni bebía, ni fumaba, y mi hijo es un vivo retrato de su padre. Al lugar no subimos más que para ir á Misa, á Vísperas y al Rosario.

—»Es mucha verdad: nunca faltan.

—»¿Y todo esto es de Vds., tía Anacleta?

—»Y de Vds. también, sí, señor. Tengo además unas cien cabezas de ganado lanar, cincuenta cabras, un par de mulas de labor, una vaca, dos cerdos y una burra.

—»En resumen (dije yo), empezaron Vds. con cuarenta duros. ¿Cuánto calcula V. que vale la masada con todas sus dependencias, inmuebles, semovientes y aperos?

—»A punto fijo no lo sé (contestó la masadera); pero yo no la daría por 5.000 duros.

— »¿Y la felicidad que aquí disfrutan Vds.?

— » Esa no tiene precio, señor, y solo puede cambiarse por la gloria, que esperamos nos conceda á todos la misericordia divina».

Más efecto hizo en el matrimonio zapateril el anterior relato que los argumentos teóricos; porque para el pueblo y hasta para los positivistas modernos un hecho vale por cien dichos. D. Vicente y Juanito se levantaron para marcharse, hizo lo mismo la zapatera; salió con ellos al corredor, y en voz baja, y como temerosa de que la oyese su marido, les dijo:

— ¡ Ay, D. Vicente de mi alma ! Si me dejara V. ese libro para que lo leyera mi hombre... ¡ cuánto se lo agradecería á V. ! Porque esos papeluchos que no se caen de las manos me le vuelven los sesos agua, y el pobrecico mío, si Dios no los envía á Vds., por lo que toca á la presente lo tendríamos ya loco *rematao.*

—No solamente se lo dejo á V., Manuela, sino que se lo regalo. De cuenta de V. corre que lo lea todos los días un rato.

—Leerá, sí, señores, leerá, y Dios les pague la limosna, porque esto vale más que el pan y el arroz de los bonos.

Y es que no solamente de pan vive el hombre, y el pobre pueblo tiene hambre de verdadera doctrina.

VIII

¡A sangre y fuego!

Vamos, Crispín: ya estamos aquí.

— Bien venidos.

—Con la lengua dice V. *bien venidos*, pero con los ojos...

—Perdonen Vds., pero no puedo remediarlo: la vista de un burgués me saca de mis casillas.

— ¿ Y qué mal les hemos hecho á Vds. nosotros?

—Ustedes ninguno (contestó Manuela); pero los ricos y burgueses le revuelven el cuerpo á mi marido.

—Pero Crispín, ¡ por Dios y por los clavos de Cristo ! , piense V. que todos somos hermanos.

—No se canse V., D. Vicente, que hoy no está el horno para bollos,—añadió Manuela.

—Pero, ¿qué pasa?

—Que como es tan *venturao* ese mi hom-

bre, se ha puesto hecho una furia leyendo unos versos en ese papelote.

—Hecho una furia no; pero una fiera de entusiasmo, sí; lo que siento es que ya no hay en este puño brío para manejarle.

—Pero, ¿qué quiere V. manejar, amigo Crispín?

—¿Qué? (contestó el zapatero echando chispas por los ojos y encendido como una amapola). ¡El puñal, D. Vicente, el puñal!

—¡Ave María Purísima!

—Sí, señor; me ha entusiasmado un himno al puñal que acabo de leer. Oigan Vds. algunos versos.

Y con tono melodramático, voz cavernosa y haciendo gestos, declamó lo siguiente:

«No me tachéis de insensato
ni me juzguéis criminal,
si en mi férvido arrebato
entono un himno al Puñal.»

—

«Yo no canto ni dichas, ni flores,
ni dulces amores,
ni el bello ideal.
Yo canto á ese arma, seno de rencores,
madrastra del odio, cuyos resplandores
engendran el miedo. ¡Yo canto al Puñal!»

—Parece mentira que se impriman tales esperpentos de fondo y forma.

—Oiga V. lo que añade para el caso de revolución social:

«Entonces el puñal hace su oficio
noble y egregio, pues redime y salva.
¿No le veis levantarse soberano
en el noventa y tres, gloria de Francia,
sobre alevosos pechos, y cortarles
el hilo de la vida en la garganta,
mientras con rostro lívido contempla
sus radiantes reflejos el monarca,
queriendo sujetar en su cabeza
la corona real que se le escapa?»

«¡Salve, puñal! Si todos te denigran,
yo te dedico cantos de alabanza.
»¡Salve, nuncio de muerte! ¡Yo te adoro,
enano audaz, que abortas la hemorragia!»

—Pero ¿de quién es tanto desatino moral y antipoético?

—De *Las Dominicales*.

—Debí haberlo adivinado, y siento que hombres en el fondo honrados, como V., se traguen esas ruedas de molino.

—No, señor; los burgueses y los ricos son todos unos bribones, dignos de que se los cosa á puñaladas.

—Pues, amigo mío, ya puede V. comenzar por nosotros, porque también somos burgueses.

—¡Ustedes qué han de ser burgueses! No conozco ningnno que haya tenido corazón, ni sombra siquiera de caridad.

—Entonces, ¿qué somos nosotros?

—Unos pedazos de hombres de bien, que saben compadecerse del pobre y suben junto á las nubes para socorrerle.

—Tiene razón mi Crispín (dijo Manuela, llorando). Si no fuera por Vds., éste estaría en el hospital, y yo hecha un pingajo y pidiendo limosna por esas calles.

—Vamos, vamos, no hay que sacar las cosas de quicio exagerándolas; nosotros, visitando y socorriendo al pobre, lisa y llanamente, cumplimos con nuestro deber, como otros mil ricos y burgueses; y tampoco tienen ustedes toda la culpa del estado de su ánimo. Estos odios africanos que á los socialistas y anarquistas inspiran los ricos y burgueses; esta guerra sin cuartel entre el capital y el trabajo; ese fanático espíritu de sangre y de destrucción que se ha apoderado de las muchedumbres sin Dios, sin ley y sin amo, la cuestión social, obrera ó como se la quiera llamar, en una palabra, es hija de múltiples causas filosóficas, históricas, religiosas, morales, sociales, económicas y hasta políticas de difícil determinación.

—Sí, señor: entre todos la mataron y ella sola se murió; pero, ¿qué culpa tenemos nosotros?

—Ciertamente, el asunto es complicadísimo y se presta á largos estudios; pero, repito, que no tienen los trabajadores, los obreros y los pobres, la culpa de todo lo que pasa. La pugna entre esas pobres gentes, á quienes todo les falta, y esos ricos opulentos, á quienes les sobra todo, es tan antigua como el mundo, y lógicamente inocula el veneno de la envidia y hasta del odio en el corazón de los desheredados de la fortuna, que no tienen creencias religiosas. Las luchas ó guerras del proletario y los ricos han estallado en diferentes épocas históricas, en virtud de causas locales que no son del momento.

IX

Todos en él pusísteis vuestras manos.

Pero déjese V. de historias viejas, D. Vicente, y vamos al presente caso: ¿quién tiene la culpa de lo que pasa?

004330

—Todos, amigo Crispín, todos, menos la Iglesia, que está siempre en la brecha enseñando á los pueblos doctrinas de salvación, y marcando á pobres y ricos el remedio; pero como las naciones han vuelto las espaldas á Cristo, y la Economía política no tiene medicinas para estos males...

—Aquí ya estamos todos hartos de doctrinas y de remedios económicos: pan y pesetas es lo que hace falta.

—Se equivoca V., amigo Crispín: si los pueblos, las familias y los individuos buscasen, ante todo y sobre todo, el reino de Dios y su justicia, lo demás, es decir, el pan y las pesetas vendrían de suyo, es decir, nos los daría Dios por añadidura.

—Ustedes siempre están con Dios á cuento, y la verdad es que Dios no se mete en tales honduras.

—¡Cuán equivocado vive V., pobre Crispín! Ni una sola hoja se mueve en los árboles sin permiso de la Providencia divina, la cual tiene en sus manos poderosas las riendas, lo mismo del mundo físico que del económico.

—Pero, venga V. acá, D. Vicente: ¿qué tiene que ver Dios con la cuestión obrera?

—Tanto, Crispín, que si Dios reinase en los corazones, no habría tal cuestión obrera. Los verdaderos causantes del antagonismo social que todos lamentamos, son los enemigos de Cristo y de su Iglesia santa, sea el que sea su color y su nombre. Descristianizar á los pueblos, es volver á la esclavitud pagana; y como hoy no cabe la esclavitud personal, hemos inventado la esclavitud del trabajo y de la miseria, material y moral, que es la peor de las esclavitudes. Al menos, el amo pagano por fuerza tenía que mantener á sus esclavos.

—Firme, D. Vicente, firme: eso me gusta.

—Pues desengáñese V., Crispín; por una parte se ha arrancado á Dios del corazón de las muchedumbres, y con él la resignación cristiana, la paciencia, la moderación, la obediencia, y, sobre todo, la esperanza de otra vida mejor, y, naturalmente, los desheredados en el cielo quieren poseer herencias pingües en la tierra, concentran sus aspiraciones en la vida presente y reclaman con imperio, como dicen ustedes, un cubierto en el banquete de la vida.

—Y hacen perfectamente, sí, señor; ¡no faltaba más!

—Por otra parte, la tan generalizada afi-

ción á todos los goces carnales, la propaganda pornográfica, disolvente y antisocial que, por medio de la prensa se viene haciendo, con intención y tenacidad dignas de mejor causa entre los obreros y menesterosos...

—Esa, esa, D. Vicente, es la principal: en Barcelona me perdí yo á fuerza de leer y más leer papeles de esos.

—También las crisis económicas, que sin ellos merecerlo, colocan con demasiada frecuencia á la mayor parte de los trabajadores « en una condición desgraciada y calamitosa. Pues destruídos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros, y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la Religión de nuestros padres, poco á poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos é indifensos, por la condición de los tiempos, *á la inhumanidad de sus amos y á la desenfrenada codicia de sus competidores*».

—Ahí, ahí duele, amigo D. Vicente.

—Pues, Crispín, eso no lo digo yo, sino el Romano Pontífice en su estupenda Encíclica *Rerum novarum*, sobre la condición de los obreros, y añade:

« A aumentar el mal vino la voraz usura, la cual, aunque más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Júntase á esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos, han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo *que difiere poco de los esclavos*».

—¿Qué le parece á V., amigo Crispín?

—Muy bien, muy bien. El odio que yo he sentido siempre contra todos los Curas, Papas, lo mismo que sacristanes, se va marchando. ¿Me dejaría V. esa Encíclica, ó como se llame, para que la lea yo despacio?

—Hombre, sí, con mucho gusto; precisamente aquí la llevo.

—Y diga V., ¿no propone el Papa ningún remedio á tanto mal?

X

La tabla de salvación.

¡Vaya si lo propone! Primeramente rechaza los propuestos por los socialistas, porque, no solamente son contra naturaleza y justicia, sino también contra la conveniencia misma de los pobres y trabajadores, y demuestra después que la única solución de tan pavoroso

Obrero víctima de la usura

problema está en las «enseñanzas de la Religión, de que es intérprete y depositaria la Iglesia»; porque sólo estas doctrinas llevadas á la práctica pueden componer entre sí á los ricos y á los proletarios, enseñando á unos y

otros sus mútuos deberes, y en especial los que dimanan de la justicia.

—Lo que es á los ricos debe pegarles unos zurriagazos....

—También hay para los pobres, Crispín. Leamos primero lo que á V. más interesa: «De estos deberes, los que tocan al proletario y obrero, son: poner de su parte íntegra y fielmente el trabajo que libre y equitativamente se ha contratado; no perjudicar en manera alguna al capital, ni hacer violencia personal á sus amos; al defender sus propios derechos, abstenerse de la fuerza, y nunca armar sediciones, ni hacer juntas con hombres malvados que mañosamente les ponen delante desmedidas esperanzas y grandísimas promesas, á que sigue casi siempre un arrepentimiento inútil y la ruina de sus fortunas.»

—Conformes; pero vengan los latigazos á los señores.

—Lee tú, Juanito, que yo me canso; aquí están:

«A los ricos y á los amos toca: que no deben tener á los obreros por esclavos; que deben en ellos respetar la dignidad de la persona y la nobleza que á esa persona añade lo que se

llama carácter de cristiano. Que si se tiene en cuenta la razón natural y la filosofía cristiana, no es vergonzoso para el hombre, ni le rebaja el ejercer un oficio por salario, pues le habilita el tal oficio para poder honradamente sustentar su vida. Que lo que verdaderamente es vergonzoso é inhumano es abusar de los hombres, como si no fuesen más que cosas, para sacar provecho de ellos, y no estimarlos en más que lo que dan de sí sus músculos y sus fuerzas.»

—¡ Eso, eso ! Cualquier cosa daría yo por que oyeran esto mis compañeros de federación:

—« Asimismo, no imponerle más trabajo del que sus fuerzas pueden soportar, ni tal clase de trabajo que no lo sufran su sexo y edad. Pero entre los principales deberes de los amos, el principal es dar á cada uno lo que es justo. Sabido es que para fijar conforme á justicia el límite del salario, muchas cosas se han de tener en consideración ; pero, en general, deben acordarse los ricos y los amos que oprimir en provecho propio á los indigentes y menesterosos, y de la pobreza ajena tomar ocasión para mayores lucros, es contra todo derecho divino y humano. Y el defraudar á uno del

salario que se le debe, es un gran crimen que clama al cielo por venganza.

»Finalmente, con extremo cuidado deben guardarse los amos de perjudicar en lo más mínimo á los ahorros de los proletarios, ni con violencia, ni con engaño, ni con los artificios de la usura ; y esto aún con mayor razón, porque no están ellos suficientemente protegidos contra quien les quite sus derechos ó los incapacite para trabajar, y porque sus haberes, cuanto más pequeños son, tanto deben ser más respetados.»

—¡ Jesús, qué pico de oro ! — exclamó la zapatera.

— A unos y otros recomienda el Papa (añadió D. Vicente) que pongan la mira, no en los bienes caducos y miserables de la tierra, sino en los eternos y gloriosos del cielo, para que nunca se agote en el rico la fuente de la caridad misericordiosa, y no se avergüence el trabajador de imitar al *Artesano hijo de María*, que *se hizo pobre siendo rico*[1], y éste es el amoroso lazo de unión que puede establecerse entre los hombres. Tome V., pues, esta Encí-

[1] II Corinth., VIII, 9.

clica, amigo Crispín; léala despacio, y ya le enviaré un centenar más para que las reparta entre sus amigachos, y hasta la semana que viene.

FIN

INDICE

	Págs.
I. — ¡Todos ricos!	3
II. — ¿Si seremos todos iguales?	16
III. — No es lo mismo predicar que dar trigo	22
IV. — Si la propiedad es el robo	26
V. — Cómo un zapatero, sin ser ladrón, puede llegar á ser millonario	32
VI. — Todos frailes	36
VII. — A Dios rogando y con el mazo dando	40
VIII. — ¡A sangre y fuego!	51
IX. — Todos en él pusisteis vuestras manos	55
X. — La tabla de salvación	60

...raudar

APOSTOLADO DE LA PRENSA

El objeto de esta publicación es el de propagar, entre las clases obreras sobre todo, buenas lecturas, encaminadas principalmente á contrarrestar la propaganda incesante de la prensa impía.

La Junta de Gobierno escogerá, después de maduro examen, los impresos que se han de divulgar, acomodados siempre por su solidez, sencillez y gracia á las necesidades morales y gusto del pueblo, y pondrá sumo empeño en elegir personas que discreta y útilmente los repartan, de modo que sean leídos y dé su lectura el deseado fruto. Aquellas personas que, ó por su vocación, ó por su celo, están en contacto con los pobres é ignorantes, merecerán para este oficio la preferencia.

VAN PUBLICADOS

EL PORQUÉ DE LA RELIGION. — (3.ª ed.)
MAS SOBRE LA RELIGION. — (3.ª ed.)
SI ES VERDAD QUE EXISTE DIOS. — (2.ª ed.)
¿QUE ES ESO DE LA CONFESION? — (2.ª ed.)
BURGUESES Y PROLETARIOS. — (2.ª ed.)
PAN Y CATECISMO. — (2.ª ed.)
EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS.
¿QUIEN HA VUELTO DEL OTRO MUNDO?
¿PARA QUE SIRVEN LOS CURAS?
CATOLICOS Y MASONES.
GUERRA A LA BLASFEMIA.
CREO EN JESUCRISTO.

Cada obra forma un tomo en 8.º mayor de 64 páginas, ilustrado con grabados.

Para los pedidos y suscripciones de e obra de propaganda, dirigirse á la Libre Religiosa de Guillermo Herrero y Compa San José el Real, núm. 3, Méjico.